

Clásicos

GRAMSCI I

Adolfo Sánchez Vázquez



Considerando las circunstancias históricas y el contexto teórico en el que surgió, a la obra intelectual de Gramsci se la puede ver como “un pensamiento de la derrota no derrotista”. Para Gramsci, el marxismo sólo existe por y para la acción; de allí que la praxis sea la categoría central de su pensamiento.

Adolfo Sánchez Vázquez desarrolla, en este ensayo, algunas de las principales consecuencias teóricas y políticas de la filosofía de la praxis; también discute la vigencia de algunos de sus principales postulados. El autor rescata a un Gramsci que, ante el panorama adverso al socialismo, proclama “el pensamiento de la inteligencia y el optimismo de la voluntad”. La noción gramsciana de hegemonía no se reduce al concepto leninista de dirección política ni se identifica tampoco con el dictadura del proletariado.

Adolfo Sánchez Vázquez

Estudió filosofía en la Universidad Central en Madrid, doctorado en filosofía y maestría en letras españolas en la UNAM. Es profesor emérito de la UNAM. Ha impartido conferencias y cursos sobre temas filosóficos en universidades de América Latina y Europa. Ha publicado, entre otros libros: *Las ideas estéticas de Marx* (1965), *Filosofía de la praxis* (1967), *Rousseau en México* (1969) y *Cuestiones estéticas y artísticas contemporáneas* (1996).



GRAMSCI I

Colección Videoteca en Ciencias y Humanidades

Serie Clásicos

GRAMSCI I

DIRECTOR:

Pablo González Casanova

COORDINADOR DE LA SERIE:

Víctor Flores Olea

CONSEJO CONSULTIVO:

Luis de la Peña

Pablo Rudomín

Rolando García

Beatriz Garza Cuarón

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
Coordinación de Humanidades

México 1999
Serie Clásicos

Primera edición, 1999

Diseño de portada: Ma. de los Ángeles Alegre Schettino

D.R. © 1999, Universidad Nacional Autónoma de México
CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS
EN CIENCIAS Y HUMANIDADES
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ISBN 968-36-7216-7

GRAMSCI I

Adolfo Sánchez Vázquez *

Nos reunimos en este seminario para ocuparnos de Gramsci, pisando casi la raya que nos separa del siglo XXI: Se trata de ver cuál es la lectura que reclama hoy el gran marxista italiano. Ciertamente, ésta no puede ser la simple traducción o reproducción de algo que permanece inmutable o inmóvil ante nosotros, o que subsiste en sí y por sí. Se trata, por el contrario, de Gramsci y su relación con nosotros, y al decir esto me refiero al mundo o realidad en que nuestra relación se da, el mundo del que formamos parte nosotros mismos y Gramsci en cuanto objeto de esa relación.

Por lo tanto, conviene recordar que una parte importante de su obra *Cuadernos de la cárcel*—como objeto de esa relación que es nuestra lectura de hoy— nunca existió en la vida de Gramsci, por las circunstancias conocidas en las que fue escrito ese texto. Esto quiere decir que esa obra no existió para sus contemporáneos, ni siquiera para los más cercanos al autor, los comunistas italianos, como no existió tampoco para los marxistas de su tiempo. Así pues, lamentablemente, el pensamiento expresado en ella no pudo ejercer la influencia benéfica que habría sido deseable en el marxismo de su tiempo por sus críticas e innovaciones.

Gramsci muere, como es sabido, en abril de 1937, hace 60 años, cuando el fascismo domina tanto en su patria, Ale-

*Profesor emérito de la UNAM

mania, como fuera de ella, mientras en España se libra la guerra con la que el fascismo pretende extenderse universalmente, cavando la tumba de la democracia liberal. Después de su muerte y de la derrota del nazi-fascismo, la obra inédita de Gramsci comenzará a ver la primera luz en los años cuarenta y cincuenta en Italia, y una década después en Europa occidental y América Latina. Más tarde aún, y expurgada, aparecerá una breve antología en la exUnión Soviética.

La obra de Gramsci aparece -en pleno estalinismo- como un cuerpo extraño que no puede digerir el marxismo soviético, que ya extiende su dominio en los países del llamado “campo socialista”, y es aceptado acriticamente por todo el movimiento comunista mundial, y aún más por los partidos comunistas de América Latina.

Pero en la estrecha franja de los marxistas críticos, “heterodoxos”, el pensamiento gramsciano se convirtió, en las décadas de los sesenta y setenta, en un vigoroso punto de apoyo en la búsqueda de una alternativa al marxismo soviético socializado, aunque esa búsqueda -estimulada por el pensamiento gramsciano- se vio obstaculizada por una nueva y exitosa versión cientificista del marxismo, representada por Althusser.

Y cuando aún no se satisfacía la necesidad de un nuevo marxismo así como la de contar para ello con el pensamiento de Gramsci, se produce ya al final de la década de los ochenta, el derrumbe del llamado “socialismo real” y de la versión marxista que -como “marxismo-leninismo”- se había convertido en la ideología del sistema que se derrumbaba.

Tomando en cuenta las circunstancias histórico-teóricas en que ha surgido el pensamiento de Gramsci, o en las que salió a la luz, se le puede ver como un pensamiento de la derrota, no derrotista. Por ello, el propio Gramsci habló del “pesimismo de la inteligencia”, aunque también habló del “optimismo de la voluntad”. El cumplimiento de esa doble y contradictoria opción-pesimista y optimista, está determinado por la naturaleza del marxismo gramsciano que como la filosofía de la praxis entraña esa doble opción.

Veamos esto con más detalle. El marxismo para Gramsci sólo existe por y para la acción. Por acción se entiende -de acuerdo con Marx- la acción de los hombres que transforman conscientemente la realidad, y que, en definitiva, es la política. Es un pensamiento a contracorriente con respecto a lo dado, a lo existente. Y en cuanto cierto marxismo —el positivista de la II Internacional- sacrifica la subjetividad en aras de la objetividad, Gramsci se aferra a la actividad del sujeto y para apoyarse no duda en recurrir a la filosofía que, en forma idealista, reivindica esa actividad subjetiva no sólo en la conciencia, sino en la actividad práctica material. Para Gramsci se trata, por tanto, no ya de rescatar la subjetividad en sentido idealista, sino de rescatarla de una objetividad universal, supuestamente natural o material. Por ello, se opone como marxista a la “ortodoxia” de la dialéctica materialista que Bujarin expone en su *Manual de materialismo histórico*. Digamos por nuestra cuenta -no por la de Gramsci- que se opone también al Lenin que hace suya esta “ortodoxia”, la cual, con su simplicidad y brutalidad, Stalin formularía con el carácter de principio oficial de la filosofía soviética.

En esta concepción materialista que va de Bujarin a Stalin, pasando por Lenin, la objetividad en sí de la materia, separada de la actividad humana se convierte en un principio que unifica la materia y la historia. Para Gramsci, en cambio, el principio unificador está “en el desarrollo dialéctico de las contradicciones entre el hombre y la materia”. Por ello, hay que entender la realidad como relación del hombre con la materia. Y de ahí que Gramsci rechace la separación entre el materialismo dialéctico (como ciencia de la realidad universal, objetiva y material, en sí, al margen del hombre) y la historia (como campo específico que tiene como protagonista al hombre, aunque sujeto en su acción a esas leyes universales).

Puesto que para Gramsci la realidad sólo existe en su relación con el hombre como historia, esta relación entre hombre, realidad e historia le permite caracterizar su filosofía como: a) *historicismo absoluto* (toda realidad es histórica); b) *humanismo* (el

hombre produce esa realidad) e *inmanentismo absoluto* (no hay principio trascendente al hombre).

Gramsci llama a esta filosofía, no casualmente, filosofía de la praxis, pues es ésta o la actividad del hombre lo que constituye la realidad. La realidad al margen de la praxis humana es una abstracción. Gramsci no acepta por ello la división que Bujarin postula, entre el materialismo histórico, como ciencia exacta de los hechos sociales a la manera positivista, y el materialismo dialéctico, convertido en un materialismo vulgar o metafísica ingenua.

En suma, frente a la “ortodoxia” que hace del marxismo una ontología materialista de signo objetivista (el ser, la materia, como realidad absoluta, existente en sí y por sí al margen del hombre), Gramsci sostiene que la realidad existe como praxis, o sea, como realidad inseparable de la actividad práctica transformadora del hombre.

Esta realidad, en la que se relacionan indisolublemente el hombre y la materia, es el objeto –para Gramsci– del materialismo histórico que comprende un aspecto filosófico, o “filosofía de la praxis” y un aspecto científico, o ciencia de la historia. Ésta comprende tanto el conocimiento de la historia real como la economía y la política (que no pueden ser separadas de la historia). Si el hombre produce la realidad, la política se vuelve necesaria para poder participar activamente en esa creación. De este modo, la teoría se halla destinada a desembocar en una praxis colectiva específica (la política). Gramsci reafirma así la relación entre teoría y práctica, formulada por Marx en la tesis XI sobre Feuerbach, a la vez que hace suya la formulación de Engels de que “el movimiento obrero alemán...[es] el heredero de la filosofía idealista alemana”, al transformar su actividad ideal, de la conciencia, en actividad práctica, real.

La filosofía de la praxis de Gramsci no es la del filósofo que, en su cubículo, se limita a interpretar el mundo, sino la del político revolucionario, o marxista militante que pretende conocerlo justamente para poder transformarlo.

Pienso que este aspecto filosófico del pensamiento de Gramsci –que hace de la praxis humana su categoría central– resiste, en cuanto a su validez, la acción corrosiva del tiempo, cualesquiera que hayan sido las vicisitudes de la praxis en la historia real. Ahora bien, el pensamiento gramsciano no se limita a esta concepción filosófica general de la praxis, sino que examina los avatares de ella en la historia real, particularmente la de su tiempo. Este examen –que constituye el aspecto político de su pensamiento– se convierte para él, como militante y dirigente político revolucionario, en una necesidad, para contribuir –con sus análisis y reflexiones– a una práctica política adecuada. Estos análisis y reflexiones se refieren tanto a las sociedades capitalistas avanzadas de Occidente, que no han hecho la revolución, como a un país no propiamente occidental, Rusia que sí la ha hecho.

Con respecto a estas reflexiones políticas de Gramsci hay que preguntarse –como nos lo hemos preguntado con relación al aspecto filosófico de su pensamiento– qué aporta o qué grado de validez tienen para nosotros al acercarnos a las líneas que nos separan del siglo XXI.

Conviene recordar las circunstancias –de la década del treinta– en que tienen lugar esas reflexiones, y la estrategia que, con base en ellas, propone Gramsci.

Son las circunstancias adversas de la derrota de la revolución en la Europa central y occidental, a las que sigue un periodo de estabilización del capitalismo que, al comienzo de la década de los veinte, se creía “moribundo” y que tiene como consecuencia el fortalecimiento de sus “fortines” político-ideológicos. No hay, pues, en Europa occidental una situación revolucionaria semejante a la que se daba en la Rusia de 1917, con lo cual se viene abajo la previsión bolchevique de la revolución rusa como detonador de la revolución mundial.

Pero Gramsci no se limita a registrar la diferente situación, por lo que toca a la revolución, entre Rusia y Occidente, sino que trata de explicar en términos marxistas –lo que no ha-

cen los marxistas de su tiempo— esta diferencia. Se trata —en palabras de Gramsci— de una diferencia fundamental entre una y otra formación social en los años veinte consistente en que en la formación social rusa “el Estado lo era todo” mientras que en la Europa occidental:

el Estado era sólo una trinchera avanzada, detrás de la cual se encontraba una robusta cadena de fortalezas y fortines implementados en la sociedad civil, grandes partidos políticos e ideologías cuya influencia ha ido penetrando durante lustros en las cabezas de las masas hasta constituir una sólida línea defensiva de retaguardia para los intereses dominantes.

Esto quiere decir que a las condiciones revolucionarias señaladas por Lenin: unas materiales —hambre y miseria de las clases oprimidas— y otras políticas (actividad política entre estas masas), hay que agregar la resistencia de los fortines ideológico-políticos de la clase dominante. Lo que significa que no se trata de un proceso revolucionario que se decide en un momento dado: en el asalto al poder. No se trata de un ataque frontal en el que se decide de una vez la posición del proletariado, sino de un enfrentamiento largo, paciente, en el curso del cual se decide la hegemonía del proletariado y sus aliados, y con ella, la toma del poder. Se trata de una estrategia gradualista, a largo plazo, que contradice el plan de transición directa a la “dictadura del proletariado” mediante la conquista del poder, que es en definitiva la línea de la Internacional Comunista. Pero la estrategia gramsciana no se confunde con el reformismo gradualista de la socialdemocracia que olvida la necesidad de cambiar el carácter de clase del Estado y de atender al objetivo final. Desde el punto de vista estratégico, lo que Gramsci propone es, de acuerdo con su terminología, una “guerra de posiciones”, y no una “guerra de movimientos”.

El concepto de hegemonía y las diferentes estrategias con las que se vincula estrechamente (“guerra de posiciones” y “guerra de movimientos”) constituyen lo más fecundo y valioso de una estrategia política que responde a las circunstancias —el fra-

caso de las revoluciones en Occidente— que les dieron origen. Su innovación resalta si se toma en cuenta la estrategia consistente en extender el modelo de la toma del poder de la Revolución Rusa, propugnada en ese tiempo por la III Internacional. Y esta innovación es innegable, aunque el propio Gramsci pretende arroparla con la autoridad de Lenin cuando interpreta el paso de una guerra a otra, “la fórmula del ‘frente único’...”.

Por cierto, cuando nos planteamos el problema de la actualidad de Gramsci, o de su vigencia en el umbral del siglo XXI, no puede obviarse su relación con Lenin. Ésta fue abordada, a finales de los años cincuenta, por Palmiro Togliatti en su trabajo *Gramsci y el leninismo*. Si esa relación hubiera sido directa y hubiera estado marcada por el leninismo, no obstante las variaciones que Gramsci le impuso, la suerte del pensamiento gramsciano se habría vinculado al ocaso actual del leninismo. Al hablar en estos términos no me refiero sólo a la versión codificada y embalsamada que, de Lenin, dio Stalin con el llamado “marxismo-leninismo”, el cual —como ideología del “socialismo real”— murió y bien muerto está. Me refiero a aspectos medulares del pensamiento de Lenin como el del Partido, la teoría de las dos conciencias —tradeunionista y socialistas— y de la importación de la “conciencia de clase”, desde el exterior, por el Partido; aspectos leninistas que, independientemente de su versión stalinista, no se pueden sostener hoy y que, por tanto, un marxismo crítico, renovado, tiene que abandonar y superar.

Pues bien, ¿qué peso tiene el leninismo en el pensamiento de Gramsci? A juicio de Togliatti —juicio ciertamente reducido al terreno político— tiene un peso decisivo.

Dice Togliatti: “...la aparición y el desarrollo del leninismo en el acontecer histórico mundial ha sido el factor decisivo de toda la evolución de Gramsci como pensador y político de acción”.

Y este leninismo de Gramsci lo encuentra Togliatti en su relación con lo que, ciertamente, constituye un “elemento esencial de la doctrina leninista”: el partido revolucionario de la clase obrera. Lejos de rechazar esta doctrina, Gramsci la enrique-

ce con su concepción del Partido como “Príncipe moderno” o “intelectual colectivo” o como sujeto que incorpora otras fuerzas en la hegemonía. Gramsci se mueve holgadamente en esta concepción leninista del Partido como vanguardia que se destaca de la clase obrera, la organiza y dirige; legitimado este papel por su privilegio epistemológico de ser el Partido el depositario de la verdad (como “intelectual colectivo”). Mientras Gramsci no rebasa este aspecto fundamental del leninismo, no puede dejar de compartir con él su caducidad, dictada por dos elementos: 1) la exterioridad del Partido con respecto a la clase y a las condiciones históricas y, 2) la consecuencia de esta exterioridad, de este privilegio epistemológico, o sea: la transformación de esta dirección constante en una dirección autoritaria (digamos antidemocrática).

Estas dos objeciones no eran nuevas. Togliatti reconoce que ya habían sido hechas al propio Gramsci por Rodolfo Mondolfo al criticar la exterioridad del Partido con respecto al movimiento de la clase obrera y al justificar con este concepto de partido una forma de tiranía. Los argumentos de Togliatti, al responder en nombre de Gramsci, no convencen. Sin embargo, Togliatti nos dice que Gramsci reconoce que “puede existir el riesgo”, que se dio efectivamente en los primeros años de la dirección del Partido Comunista Italiano al quedar reducido éste a una organización militarista. Por supuesto, ni Gramsci ni Togliatti aluden al hecho de que ese riesgo —que uno y otro localizan en una fase inicial del partido italiano— se convierte en ley general de los partidos comunistas. Para hacer frente a la reducción militarista, Gramsci propone una disciplina consciente que no anula la libertad y la democracia internas. Pero, la cuestión —no resuelta por Lenin, Gramsci o Togliatti— es la de si el concepto de partido que comparten no lleva precisamente a la disciplina férrea y a la negación de la libertad y de la democracia internas que representan la tiranía en el seno del Partido y hacen posible, a su vez, la tiranía externa del Partido con respecto a las masas, al proletariado, que —como “dictadura del Partido”— se dio efectivamente con el “socialismo real”.

Sin embargo, el leninismo de Gramsci exige no ser extendido a todo su pensamiento, pues no hay tal. Con respecto —como vimos— al aspecto filosófico de su pensamiento, e incluso a su pensamiento político, hay que reconocer la existencia de elementos como la estrategia de la doble guerra en la conquista del poder, que no eran propios de Lenin, sino de Gramsci. Por lo que se refiere al concepto gramsciano de hegemonía (entendida como dirección política y cultural que reclama un consenso que debe guiar la lucha política cuando no se dan las condiciones para un ataque revolucionario por la conquista del poder), éste no se reduce al concepto leninista de dirección política antes de esa conquista, ni se identifica tampoco después de ella con el concepto de “dictadura del proletariado” y menos aún con el de “dictadura del Partido” en que se convierte dicha “dictadura del proletariado” después de la revolución.

Llegamos así a una conclusión final en torno a lo que podríamos llamar la inactualidad y la actualidad del pensamiento de Gramsci. Por supuesto, no se trata de una nueva cuestión, ya que se plantea desde que el pensamiento gramsciano irrumpe, en los años cincuenta y sesenta, para asombro y repulsa de quienes consideran el marxismo como un monumento intocable, y para satisfacción de quienes ven en Gramsci un nuevo monumento o paradigma.

En un caso, se trata de un Gramsci al que hay que excluir o asimilar, como se hacía en las ediciones soviéticas que lo mutilaban o expurgaban; en el otro, de un Gramsci que aparece rompiendo —en una ruptura total imposible de fundar sobre todo en el terreno político— con el marxismo de la III Internacional.

Ciertamente, Gramsci surge en las circunstancias adversas: a) del fracaso de la revolución en Occidente, b) del capitalismo que, lejos de estar en agonía, se estabiliza, y c) de un socialismo en el que Gramsci —como Lenin— advierte signos de involución que éste atribuye al asiatismo o retraso ruso en tanto que Gramsci lo atribuye a las divergencias en el seno de la dirección soviética sin poner en cuestión —ni uno ni otro— su

naturaleza y futuro socialista. Gramsci no advierte las causas o condiciones —o más bien la ausencia de éstas— que obligarían a poner esa naturaleza socialista en cuestión. Ahora bien, como Gramsci no deja de vislumbrar este panorama adverso al socialismo, proclama justamente “el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad”.

En nuestra situación actual, desde la cual pretendemos ver la actualidad o inactualidad de Gramsci, el panorama es aún más adverso que cuando expone su pensamiento, o en los años cincuenta o sesenta, cuando se le descubre, pues los signos de involución del socialismo —que ya Gramsci advertía—, han desembocado en la desaparición o derrumbe de lo que incluso para Gramsci pasaba por socialismo, sin serlo. Los motivos para un “pesimismo de la inteligencia”, ante el derrumbe de esa alternativa social y el descrédito de la idea misma de socialismo asociado a ella son: la desaparición en un horizonte indefinido del socialismo como bandera en la lucha política de nuestro tiempo, y la inexistencia, en consecuencia, de las fuerzas sociales que han de reivindicar esa bandera, y organizar y luchar para alcanzar el socialismo, ya sea en un ataque frontal o guerra de movimiento, o en el proceso lento y gradual de la guerra. Sin embargo, es necesario el socialismo ante los males sociales del capitalismo, mucho más graves y extensos que en tiempos de Gramsci. Todos los esfuerzos se justifican por el socialismo, cualesquiera que sean los obstáculos que hoy limitan o paralizan el cambio. Por todo esto hay motivos para un “optimismo de la voluntad”.

Pero, si esto es así, si la acción es necesaria, deseable, y con ella el despliegue de la voluntad que la empuja, es también necesaria la inteligencia, la teoría que el marxismo —o cierto marxismo— puede ofrecer para impulsar con ello nuestra voluntad hasta el puerto deseado: el socialismo.

Y si para construir este marxismo hay que prescindir —por lo que toca a Gramsci como ocurre en el propio Marx— de los aspectos de un pensamiento que ha invalidado la realidad, y a los que antes nos hemos referido, sí cabe recurrir a aquellos otros

que han resistido la prueba del tiempo y conservan hoy su validez. Entre ellos contamos —como ya los hemos subrayado— su aspecto filosófico, al reivindicar la actividad práctica o praxis, y en su aspecto político, los elementos ya nombrados que se salvan del ocaso del leninismo.

Reconociendo así lo que hay de caduco o inactual y de vivo y actual en su pensamiento, podemos integrar a Gramsci en un marxismo que, como proyecto de emancipación, como crítica y conocimiento de lo existente y como vocación o voluntad de transformación de esta realidad, hoy es más necesario y deseable que nunca, si de lo que aún se trata para nosotros —como lo fue para Marx y Gramsci— es de transformar el mundo.

Gramsci I, de Adolfo Sánchez Vázquez, terminó de imprimirse en la Ciudad de México durante enero de 1999. Se tiraron 100 ejemplares más sobrantes, sobre papel bond de 90 gramos. En su composición se utilizaron tipos Garamond narrow de 16, 14, 12, 11 y 9 puntos. La impresión se realizó en los talleres de Signum Editores S.A. de C.V., Col. Exhacienda Coapa, México D.F. La edición científica estuvo a cargo de Patricia Cabrera; la corrección de estilo, de Clara Elizabeth Castillo; la lectura de pruebas, de Juana Xóchitl Escamilla Barranco; la tipografía, de Lorena Salcedo Bandala.